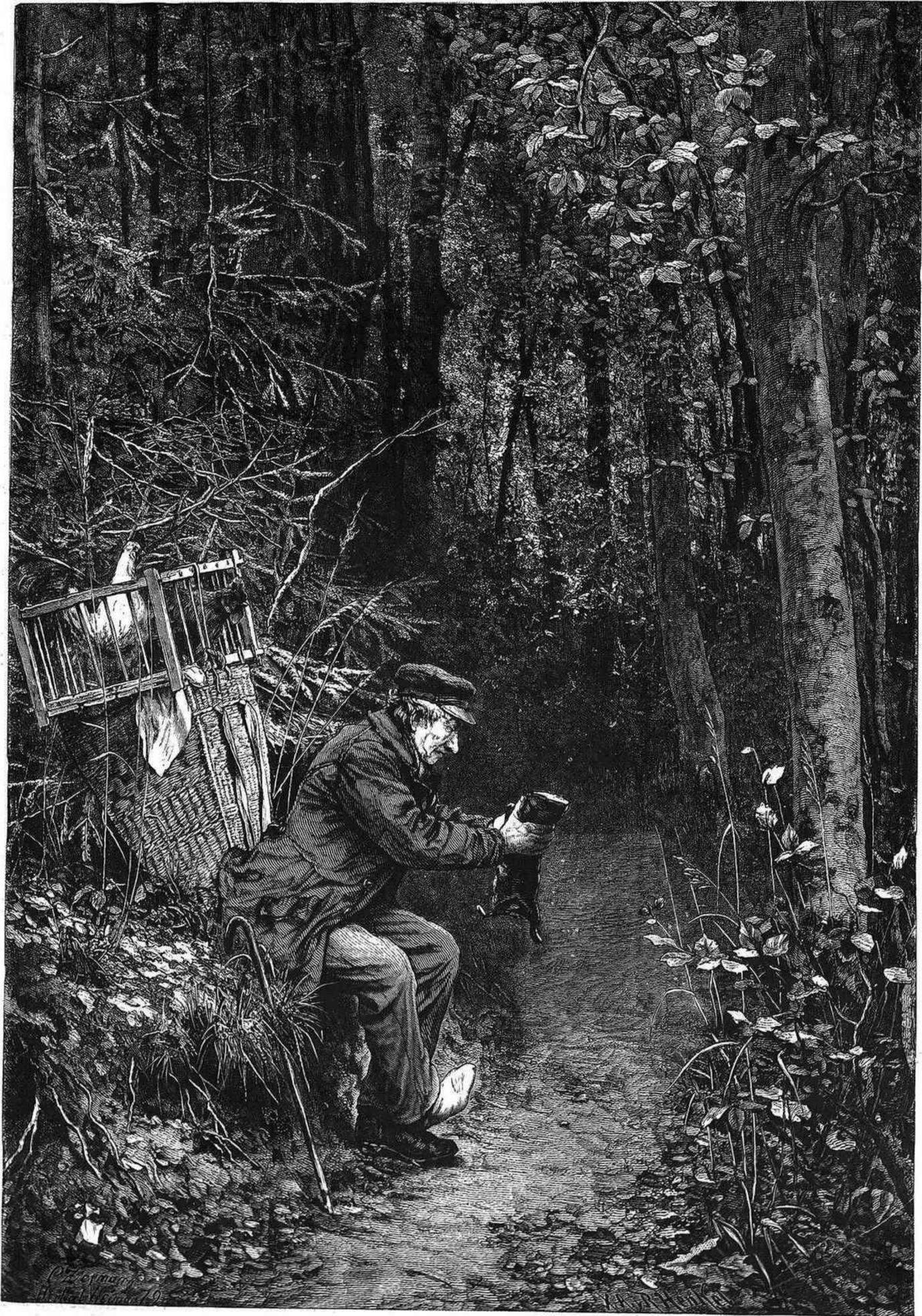




AÑO II

→ BARCELONA 30 DE ABRIL, DE 1883 →

NÚM. 70



UNA PIEDRA EN LA BOTA, cuadro por C. Ziermann

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—PARIS ARTISTICO Y LITERARIO, por don Pompeyo Gener.—NUESTROS GRABADOS.—ASUNTO PARA UN DRAMA, por don Eduardo de Palacio.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.—CRÓNICA CIENTÍFICA, *Poder matris del sol*, por don José Rodríguez Mourelo.

GRABADOS.—UNA PIEDRA EN LA BOTA, cuadro por C. Ziermann.—EL ABUELO FLAUTISTA, cuadro por Hugo Engl.—EL MODELO, dibujo por A. Fabrés.—LA LLUVIA, grupo en barro cocido por R. Bellazzi.—LOS TRES CONJURADOS, dibujo por G. Sus.—ANTES DE LA BATALLA, dibujo por G. Rauber.—Lámina suelta: LAS ÚLTIMAS HORAS DE LA LIBERTAD DE SIENA, cuadro por Pedro Aldi.

REVISTA DE MADRID

¡Nuestro albañil de cada día!...—Indiferencia humana.—Propósitos olvidados.—Misión de la prensa.—El azar y las construcciones.—Paradoja sobre el alquiler de las casas.—Mesonero Romanos y la calle del Olivo.—Los revendedores.—Ingenio desplegado.—Cigarrillos de contrabando.—El enviado del rey de Siam.—¡Es un letrado!

Continúa la lluvia de albañiles. Es ya una cosa infalible como el santo del día ó la cotización de la bolsa. No darían una vuelta cumplida en su esfera las manecillas que señalan las horas en los cronómetros sin que en el tiempo de su revolución se desprendiera algun albañil de su elevado taller del trabajo.

En mi pasada revista apuntaba algunos sucesos de esta naturaleza; hoy tengo otros, novísimos, de igual clase, y temo que si no doy de mano á la narracion de desgracias semejantes, mi trabajo semanal podrá llegar á reducirse á lo siguiente:

«Decíamos ayer... ¡Caida de albañiles! Id... id... id...»

Pero necesito consignar una vez más la terrible indiferencia con que las personas que se hallan en disposicion de poner algun remedio á tales acontecimientos acogen esas catástrofes de albañilería.

Hubo un tiempo en que la prensa levantó la voz á favor de los pobres albañiles. Pidióse la instalacion de redes ó la construccion de vallas en los andamios; creció el interés por los obreros que construyen las viviendas en que desarrollamos nuestra vida; las autoridades parecieron estar de acuerdo con la opinion pública, y no faltó alguna de esas personas, aficionadas á decir chistes aunque resulten sangrientos, que dijese:

—¡Vamos á crear para los albañiles una situacion tan cómoda que hasta los banqueros podrán dedicarse por pura afición á recorrer los andamiajes!

* *

Todo aquello se olvidó. Las redes y las vallas quedaron en proyecto, y los albañiles siguen siendo escupidos de las obras en construccion como una plancha candente escupe la saliva.

Lo ménos cuatro ó cinco trabajadores se han caido de los andamios desde mi anterior revista. Los periódicos anuncian el suceso sin comentarios. Quizá lo consideran inútil en vista del poco caso que se ha hecho á sus reclamaciones de otro tiempo; pero si la prensa no sirve para ir reclamando reformas útiles, incansablemente, un día y otro día hasta que llegue el triunfo definitivo, confieso que no sé para qué sirven los periódicos. Hay algo más importante que derribar ministerios, y ese algo consiste en velar constantemente por la prosperidad del individuo y en reñir con teson crudas batallas en contra de las iniquidades y de los abusos.

Cuando yo veo ahora flotar en una casa cuya construccion está terminada la triunfal bandera anunciando que no ha ocurrido en ella desgracia alguna, me descubro reverentemente ante la diosa Casualidad que no ha devorado ninguna vida humana.

Entonces pienso:

—A pesar de que los hombres no han puesto nada de su parte á fin de evitar las desgracias de sus semejantes, el azar ha sostenido con mano benéfica las cuerdas y los tablones de esta fábrica. La suerte no es siempre mala. Algunas veces se disfruta de hada bienhechora.

Si esto sigue así, los propietarios de las casas llegarán hasta á dar tanta mayor importancia á sus fincas cuanto más grande sea el número de los hombres que se han caido de ellas. Es un gran elogio por ejemplo, para una corrida de toros el decir:

—Hubo varias cogidas.

Pues lo mismo sucederá con las casas.

Irá un individuo á tratar con el casero sobre el precio de una habitacion. Y dirá aquel:

—Vale tanto ó cuanto.

—¡Me parece muy caro!

—¡Oh! no lo creerá usted así cuando sepa que esta casa es muy sólida. Ha tenido grandes trabajos... Figúrese usted... ¡Se cayeron de ella cuatro albañiles!

* *

Una de las casas que más tono se han dado estos días es la señalada con el número 6 de la calle del Olivo. ¡Digo mal! debí haber dicho de la cesante calle del Olivo. ¡Porque ya no existe la citada calle! Hoy las lápidas ostentan esta inscripcion:

CALLE DE MESONERO ROMANOS.

Nació en el n.º 6 el inolvidable hijo de Madrid que amaba á su capital como Cuasimodo amaba las campanas y las torres de la catedral de Paris.

Mesonero Romanos era una personificacion viviente

del Madrid de otros días. Nadie como él ha conocido los rincones y los misterios de esta poblacion; y en medio de las modernas construcciones que se levantan á cada paso en las calles de Madrid, y de los barrios novísimos que se han añadido á la vieja capital—como adornos de flores ó de plumas que renuevan el sombrero de una dama—por entre el polvo de los derribos, paseaba todavia un año ha el antiguo cronista de Madrid, siendo una de las más monumentales y venerables ruinas de la coronada Villa.

Todo el mundo veía pasar á Mesonero Romanos con religioso respeto.

Los viejos decían:

—Ahí va el correcto escritor... el ameno intérprete de las *Escenas Matritenses*. ¡Cómo se conserva! Parece mentira que ese hombre haya presenciado los acontecimientos de principios de este siglo!

Y los jóvenes le saludaban con admiracion y simpatía, diciendo:

—Es verdad.—Todos los sucesos pasados, ó gran parte de ellos los he leído en las *Memorias de un setentón* escritas con tal frescura y tanta brillantez de estilo que más bien que la obra de un hombre de setenta años parece la de un escritor que apenas ha pasado de los treinta.

En efecto, Mesonero Romanos se distinguió por estas raras cualidades: su imaginacion no cesó de producir flores hasta el instante de la muerte y la fuerza de su raciocinio se mantuvo inalterable hasta la hora de bajar al sepulcro.

El día 30 de este mes hará un año que falleció; y por esto el Ayuntamiento de Madrid ha dispuesto dedicar á su memoria el nombre de la calle que antes se llamó del *Olivo*.

* *

Desgraciadamente no hay cosa que tanto subsista como el nombre de una calle. Es cuestion de historia, de costumbres, de relaciones de la vida, de asociacion de ideas, y no es fácil borrar por un solo acto de voluntad concejil las particularidades que van unidas á un nombre. Es honroso el pensamiento de prolongar la memoria de un personaje ilustre por medio de lápidas puestas en las esquinas de una calle; pero es difícil que el nombre moderno de una calle sustituya al antiguo. Nadie dirá en lo sucesivo: *Calle de Mesonero Romanos*. Todo el mundo ó por lo ménos la generalidad de las gentes seguirán designando la calle con el nombre de *Olivo*.

Lo mejor hubiera sido, en mi opinion, bautizar alguna de las calles nuevas con el nombre de *Mesonero Romanos*; y si habia empeño (muy digno sin duda alguna) en distinguir la casa donde nació el cronista madrileño, púdose encargar que se colocara en la fachada del n.º 6 una lápida conmemorativa del suceso y de la fecha del natalicio.

¡No está bien que para hacer tomar notoriedad á Mesonero Romanos el Ayuntamiento de Madrid le haya hecho tomar el *Olivo*!

* *

Los revendedores de billetes para las corridas de toros andan incansablemente perseguidos por la diligencia del gobernador de Madrid Sr. Conde de Xiquena.

Los transgresores de los preceptos de la autoridad desarrollan toda la fuerza de su ingenio para burlar la vigilancia de los agentes.

Pero todas sus tretas resultan ineficaces. No hay astucia que valga contra el celo y la perseverancia de la primera autoridad de la provincia.

Esta semana han sido detenidos varios revendedores. La semana anterior se habia echado ya mano á otros tantos. Es probable que la semana que viene sean capturados algunos individuos más por incurrir en el mismo delito.

La autoridad y los revendedores parecen decir:

¡A ver quién se cansará ántes!

Y el público asiste á esta verdadera lucha con curiosidad casi siempre y con interés muchas veces.

Explicaré eso del interés, porque no quiero que se me tome por enunciador de ideas subversivas.

En primer lugar, yo no voy nunca á los Toros.

En segundo lugar, no he dado en mi vida á ganar un céntimo á los revendedores.

De modo que yo los suprimí mucho ántes de que la autoridad los suprimiera.

Pero sucede con los revendedores lo que ocurre con los tranvías. Todo el mundo clama porque se admiten en ellos más personas que las reglamentarias, y todo el mundo también desea hacerse un hueco en la plataforma por llena que vaya cuando no se ha podido llegar á tiempo ántes de que se llenara.

Yo he oido á muchos que se han quedado sin ir á los toros por falta de billete:

—¡Si hubiese revendedores no me quedaria sin ver la corrida!

Y quizá esos mismos habian dicho en más de una ocasion:

—¡Oh!... ¡esos revendedores! ¡Qué escándalo! ¡No sé cómo esto se permite!

Es digna de ser mencionada la manera con que algunos revendedores repartian el domingo pasado, segun me han dicho, su fraudulenta mercancía.

El revendedor tiene un golpe de vista especial y conoce en seguida al individuo que anda en busca de un billete.

Pues bien, el revendedor se aproximaba á aquel sujeto, sacaba la petaca y decía:

—¿V. fuma?—Tome V. un cigarro, caballero; pero no lo encienda V. Ahí va el billete.

Efectivamente; liado dentro del papelillo de fumar se encontraba aquella especie de grada nicotina ó tendido-astrea.

Esto es, un billete... de *Ingenio*.

* *

El reino de Siam nos ha mandado un embajador.

Antes que por la rareza de su nombre, lo he sabido por una tienda de abanicos japoneses y por un juego de tazas de China.

Las calles de Madrid se han inundado de luz y de color al paso del enviado de Siam cuando iba á Palacio instalado en una carroza régia.

—¿Qué es el reino de Siam?—me preguntó una señora.

Y no hallé mejor contestacion que esta:

—Es un país en que hay batallones de mujeres para montar la guardia del rey.

Esto es una verdad tan grande como el elefante blanco que en aquellos orientales países se venera.

El traje del embajador llamó la atencion por su originalidad...

¡Ah! ¡si supiéramos lo que él piensa en su interior de nuestros sombreros de copa y de los ridículos faldones de nuestros fraques!

—¿Será inteligente y sabio ese señor?—preguntó uno.

Y luego, al saber el nombre tan largo y enrevesado que llevaba, añadió:

—Su nombre tiene muchas letras... Si; no hay duda. ¡Es un letrado!

PEDRO BOFILL

Madrid 27 de abril de 1883

PARIS ARTISTICO Y LITERARIO

Boito reivindicado.—Opera cómica. LAKMÉ.—La Sarah Bernhardt en su taller.—*Le Pavé de Paris*.—La Exposicion japonesa retrospectiva.—Recepcion en la Academia.

Lo que pasó con el *Mefistófeles* de Boito en la fiesta de la Opera ha causado indignacion general. Como decia en mi primer artículo, en Paris no pasa lo que en otras capitales en que la confabulacion de unos cuantos padres graves puede atajar el paso al genio. A Boito se le representó un terceto, que forma parte de un conjunto, sin antecedentes ni consiguientes, completamente despegado y en paragon con uno de los mejores trozos del *Faust* de Gounod, con la sana intencion de desprestigiarle ante el público de Paris, y á fin de que éste no quisiera luego ni tan sólo oír hablar de la ópera del maestro italiano. Pues les ha salido al revés á los que tal se propusieron.

Varios han sido los críticos que han protestado; muchas las reclamaciones que se han hecho; y algunos de los maestros más distinguidos de ésta, acusan al Sanhedrin de la Opera de estancar la música nacional, so pretexto de proteccion. El arte ha sido y será siempre esencialmente librecambista. La manera de proteger el arte de una nacion es premiando lo bueno, sí, prestándole el auxilio que necesite para darse á luz, pero dejando que lo bueno se ostente en medio de la concurrencia universal. De lo contrario el arte degenera en manera, y en habilidad de procedimiento. A consecuencia de estas ideas emitidas por la prensa seria, se habla ya de la constituccion de un teatro de la Opera popular, donde tendran cabida las obras de todos los maestros y donde las representaran los artistas más notables, pertenezcan unos y otros al país que se quiera.

Ha contribuido no poco á esto la negativa que ha dado Verdi al director de la Opera, de cederle para el estreno su última obra, á pesar de las reiteradas instancias de éste.

* *

El acontecimiento musical de la quincena es el estreno de la obra de Leo Delibes, *Lakmé*, en el teatro de l'Opera comique.

La accion pasa en la India inglesa. *Lakmé* es una sacerdotisa de Durga, diosa compañera de Siva, la cual vive con su padre en un retiro sagrado, cuyo retiro es profanado en un momento de curiosidad por un oficial inglés. Ella se enamora del joven militar, mientras que el padre, Brahman fanático, quiere vengar el ultraje que se ha hecho á la divinidad. Para castigar al sacrilego, recorre las plazas de las ciudades del Indostan, vestido de fakir y acompañado de *Lakmé*, la cual entona cantos populares, hasta que el viejo encuentra al oficial y le asesta una puñalada. Escápase el Brahman, pero la joven se queda á prodigar los primeros auxilios al que ama. Le traslada al interior de un bosque con la ayuda de un indio amigo, y allí lo curan completamente, pero la desgracia quiere que en el momento en que el oficial, agradecido, se prepara á casarse, al estilo indio, con la joven sacerdotisa, aparezca el regimiento de los guardias de S. M. Británica, y la ordenanza lo llame al deber; y á fuer de buen inglés, entre el amor y el deber opta por el segundo. La infeliz *Lakmé*, desesperada, se suicida comiéndose una hoja de *datura*.

Como se ve, el poema es sencillísimo y tiene un final parecido á otros. No obstante, está bien desarrollado. La música es inspirada y de mucho carácter. No se podia esperar ménos del autor de *Jean de Nivelle*. Sobresale más en lo dulce que en lo terrible, y tiene sobre todo mucho color local. Ha obtenido un éxito completo, éxito que creemos que ha de ser duradero.

Mlle. Van Zand ha interpretado el papel de *Lakmé* de una manera admirable.

* *

Hemos tenido el gusto de visitar á la Sarah Bernhardt con objeto de adquirir de ella noticias acerca de una fiesta que se proyecta en el Trocadero, en la cual la notable artista va á representar una pantomima.

Estaba en su taller, que es hoy un verdadero palacio del arte. Tapices de Flandes; sillones de cuero de Córdoba y de Venecia; cobres repujados; mayólicas hispanomorisca; porcelanas italianas; filigranas árabes; espadas, dagas, arcabuces, pedreñales, trípodes y verjas de hierro forjado, maravillas del arte de Toledo y de Ripoll; brocateles, alfombras del Turquestan y de Persia; relieves en madera, prodigios de tallistas flamencos y alemanes; cuadros de todas las escuelas, estatuas, bronce, jarrones, caballetes con bocetos, etc., etc.; todo esto en artístico desorden, y en la testera del taller una colosal chimenea, estilo del Renacimiento, con dos cariátidas á lo Miguel Ángel, y para colocar la leña unos morillos de hierro forjado formando caprichosos follajes. Encima de la chimenea está el célebre retrato de la Sarah pintado por Clairin. Un detalle curioso; el pupitre en que escribe la Sarah es un mueble japonés pequeño, de contornos retorcidos. A uno de sus adornos está sujeta una larguísima y rizada pluma de avestruz, con la cual escribe la eminente artista.

Nos plugo infinito el que nos recibiera con toda franqueza en el momento en que estaba amasando barro para modelar el busto del hijo de Richepin.

Paris, aunque grande, tiene tambien su maledicencia que se ceba en las notabilidades; de la Sarah se ha dicho que no era ella la que hacia las esculturas, y como Paris irradia en el resto de Europa, no ha faltado quien repitiera esta version como por boca de ganso. Nada más falso. La Sarah aboceta admirablemente; luego añade al boceto los necesarios detalles con una seguridad y un ajuste que muchos escultores le envidiarían, y lo que es más, modela y acaba con una suavidad y una delicadeza extremas. Cuando da por terminado un trabajo, resulta natural y sencillo, lo que consigue con esa facilidad difícil que en el arte alcanzan sólo las inteligencias privilegiadas. Amigos particulares, y admiradores de la Sarah Bernhardt, nos hacemos un deber en consignarlo así, y no sin fundamento, sino despues de haberlo visto con nuestros propios ojos.

* *

Le pavé de Paris es un drama espeluznante que se ha estrenado en la *Porte Saint Martin*, teatro que hoy pertenece á Sarah Bernhardt, la cual, dicho sea de paso, ya tiene tres.

El drama, segun nos dijo ella el otro día, estaba ya á punto de estrenarse cuando compró el teatro, sin lo cual no se le hubiera ocurrido la idea de ponerlo en escena. El argumento es muy sencillo. Unos campesinos cuidan de una niña hija de una señora de gran fortuna. Estalla la guerra; de resultas de un combate en el lugar mueren los pobres aldeanos y la niña queda herida, pero la salva en brazos un joven alférez francés; la desgracia, sin embargo, hace que caiga prisionero de los prusianos, y este sensible contratiempo le separa de su protegida. Un noble tronado y perverso, el cual debe heredar la hacienda de la niña en el caso de faltar ésta, se vale de gente de la peor calaña para hacerla desaparecer. Han transcurrido ya trece años desde la conclusion de la guerra cuando los asesinos están á punto de dar cuenta de la infeliz criatura, pero por una casualidad (sin la cual no habria drama) son descubiertos, tienen que apelar á la fuga, y unos son reducidos á prision mientras otro se suicida. El ex-alférez, ya capitán de la Guardia republicana, es el que ha salvado por segunda vez á la víctima. Esta reconoce á su madre, tambien por otra casualidad, y se encuentra millonaria. Entónces ofrece su mano á su salvador en premio de sus desvelos, y éste encuéntrase esposo de una joven bella y dueño de una fortuna colosal, cuando menos lo esperaba. Esto que parece el argumento, no es más que el pretexto para hacer salir á la escena, un tren que pasa por debajo de las casas de Paris, la estacion de llegada de San Lázaro, con el inmenso trasbordo de viajeros y equipajes, y una casa entera que va subiendo, de modo que el espectador vea lo que pasa desde los tejados hasta los sótanos.

Este es el cuadro, y objeto principal del drama, á fin de presentar el crimen que se fragua en la buhardilla, su malogro, y la fuga de los asesinos que bajan, encuentran cerrada la puerta y salen por la alcantarilla, para subir á un tren en el momento en que pasa.

* *

Otra de las novedades de la quincena, es, como dije en mi anterior revista, la Exposicion Japonesa retrospectiva. En ella puede verse cómo el Japon hoy día ha perdido bastante de su carácter al contaminarse con Europa y al adoptar la civilizacion europea. Hay en dicha Exposicion prodigios de arte, y aún más de artificio; sobre todo en la manera de trabajar é incrustar los metales, y en la de embutir y de dar color al cuero. Esta industria llegó en el Japon á una altura sólo comparable con la que alcanzó en Córdoba durante el período árabe. Las caretas de madera de los histriones y de los cómicos, son tambien notabilísimas; aunque difiriendo en las expresiones, son análogas á las que se usaban en el antiguo teatro griego,

y demuestran que el arte dramático en el Japon hace poco se encontraba en un período análogo al en que se representaban las obras de Aristófanes y Esquilo entre los helenos. El personaje que tenía buen carácter salia con una careta apacible; el malvado poníase una que hacia una mueca horrible; el gracioso llevaba la cara cubierta con un antifaz ridículo; y como la expresion era fija, cuando el personaje tenía que cambiar de sentimiento salia de la escena y se mudaba de careta, ó volvíase de espaldas y enseñaba al público la que traía al dorso.

Pues bien, esta es la altura del arte mimodramático en el Japon.

Por lo que ostentan los escaparates un observador atento verá en el arte japonés antiguo un arte malsano. Todo en él parece visto durante una pesadilla; las figuras son retorcidas, los vestidos abigarrados, las caras hacen muecas grotescas, las formas bestiales abundan; dragones imposibles campean por todas partes. En un escaparate hay un esqueleto abanicándose mientras contempla una mujer que baila con un mono al són de una guitarra que toca un pescador; más allá hay una verja formada por ratones entrelazados por las colas. En otro lado descuellan una estatua que hace que se crispen los nervios al contemplarla. Es una especie de viejo enano, de barbas retorcidas cual madejas, con la parte superior de la cabeza calva, doble más alta que el resto del cuerpo y terminando casi en punta como un pilón de azúcar. En su cúspide dos diminutos personajes bailan frenéticamente una especie de zapateado. En esas creaciones artísticas, que parecen concebidas por un Edgardo Poe japonés, veo yo la influencia manifiesta del opio. No cabe duda de que al concebir tales obras, tenían sus autores las células cerebrales impregnadas de morfina. Hay una literatura alcohólica, que ha privado en el mundo moderno, hasta hace poco; Musset en sus últimos tiempos la representó. Ha habido una literatura anémica, que reinó con el romanticismo y que aún impera algo en España. Hoy día en Paris se prodigan aplausos á un arte infecto de miasmas pútridos; ¡quién sabe si efecto de ciertos *microbios* análogos á los del tífus! El Japon tiene un arte mórfico. Hasta el arte tiene sus enfermedades. Por fortuna estas pasan y el arte queda.

* *

En la Academia ha tenido lugar la recepcion del arzobispo *d'Autun*, habiendo contestado á su discurso, altamente literario, M. Camilo Rousset con otro no menos notable.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

UNA PIEDRA EN LA BOTA,
cuadro por C. Ziermann

Quando se tiene la desgracia de que una piedra se meta entre el calcetín y la suela de las botas, hay que tomar sin falta la resolucion sensata del personaje de nuestro cuadro. ¡Con qué calma y con qué aplomo la está nuestro caminante ejecutando!... Basta fijarse en esta operacion sin importancia para descifrar su carácter. Pero ¿qué es descifrar? ¿Acaso el carácter de ese anciano es algun enigma?... Pues si en la cara se le transparentan sus pasiones todas, es decir, su absoluta falta de pasiones. ¡Qué excelente esposo habrá hecho!... Si tiene hijos; cuánto los habrá querido!... Si tiene nietos; qué parte tan importante tomará en sus infantiles juegos!... ¿Y todo esto, se nos dirá, descubrimos en ese hombre, por la simple impresion que nos causa su manera de sacarse una piedra de la bota? Si señores, esto descubrimos: un movimiento involuntario revela muchas veces la condicion de un mortal. Ziermann ha querido indudablemente poner ante nuestros ojos el tipo del hombre de bien.

EL ABUELO FLAUTISTA, cuadro por Hugo Engl.

Decia San Agustin, que además de ser un santo era un gran filósofo, que si los egoistas conocieran las ventajas que trae consigo el ser hombre de bien, serían hombres de bien por egoismo.

Lo mismo decimos nosotros, sin ser filósofos y mucho menos santos, respecto de los puros goces de familia; es decir, que si el hombre disipado, ó mejor dicho disipador, comprendiera la cuenta que trae, bajo todos conceptos, el goce de la familia y del hogar, seria hombre de su casa, hasta por refinamiento de placer.

Con efecto: ¿qué significan los goces materiales del mundo, comparados con la satisfaccion íntima que se experimenta en los tranquilos y honestos goces de la familia?

Digase lo que se quiera, el hombre más sensual y materialista no puede ordenar á su corazón (nosotros creemos á su conciencia) que en el festin de la vida no acierte á presentir y aun á leer la mágica inscripcion que agüó la orgía de Baltasar. El placer deja de serlo casi del todo cuando no existe expansion: como el dolor, necesita desahogarse, distribuirse, compartirse con alguien; pero con alguien que viva en la comunidad de nuestros afectos puros, con alguien que no sea el mentido compañero del hijo pródigo; que se identifique con nuestros pesares y nuestras alegrías, sin que en el cielo de nuestras mutuas relaciones exista una sola nube preñada de elementos tempestuosos.

El amor de familia, que del anciano al joven es reflejo del amor de Dios al hombre y del joven al anciano parece la adoracion del cielo por la tierra, es el único capaz

de producir esas deliciosas escenas que inspiran al artista composiciones como la del *abuelo flautista*.

¡Dichoso aquél que comprende la importancia de ese tesoro, y que saturado de su preciosa esencia, precave de la atmósfera en que se agita el mundo profano el precioso frasco de oro en que se halla guardada!

EL MODELO, dibujo por A. Fabrés

Si es modelo, no es mal modelo.

Si es dibujo, es mejor dibujo.

Que haya hombres cuyo *modus vivendi* sea alquilarse como modelos, es cosa rara, dada la formalidad del hombre.

Quando el modelo es *modela*, la rareza aumenta de punto, dada la innata modestia de la mujer.

Y sin embargo, el modelo de ambos sexos es indispensable para el arte.

Concedido.

Como el cadalso *dicen* que es indispensable á la sociedad; como *dicen* que fué indispensable abrir á un hombre *vivo* para descubrir el secreto de la circulacion de la sangre.

Hay necesidades cuya *necesidad* debe ser un secreto de la Providencia, que la humanidad explica segun su comodidad.

Ménos malas son estas necesidades cuando se utilizan, como hace Fabrés, para ejecutar obras sobresalientes de dibujo.

LA LLUVIA, grupo en barro cocido por R. Bellazzi

Este bonito grupo, presentado en una de las últimas exposiciones italianas, ha valido á su autor una de las recompensas otorgadas á los trabajos escultóricos más sobresalientes; lo cual no es de extrañar, pues consagrado este artista á reproducir en barro ó mármol asuntos de parecida índole, de los cuales ya hemos insertado otras copias en algunos de nuestros números anteriores, procura estudiar el natural con detenimiento, sorprende por decirlo así, á su modelo en la actitud que más artística le parece, y ayudado de su talento y su destreza en el manejo del cincel, acierta á modelar figuras tan expresivas y simpáticas como las de los pobres niños de nuestro grabado.

LOS TRES CONJURADOS, dibujo por G. Sús

La escena es cómica, pero está tratada con toda la formalidad de un asunto tenebroso.

Debajo de ese plumaje se nos figura que debe existir algun nihilista.

Son tres conspiradores disfrazados de polluelos.

La crueldad tomando, para mayor disimulo, las formas del miedo.

¡Pobre araña!...

—Tú te pondrás á nuestro alcance....—parecen decir los conjurados.

Alguno de estos la saborea de antemano.

¡Goloso!...

Es decir ¡horrible!

Por fortuna, si á cada puerco le llega su San Martin, á cada ave de corral la llega su Navidad; y el polluelo, tarde ó temprano, dará cuenta á la cocinera implacable de su anterior conducta. Una cacerola candente vengará (desagraviará, diria un filántropo) á la ultrajada sociedad de las arañas.

ANTES DE LA BATALLA, dibujo por G. Rauber

El autor de este bien ejecutado dibujo ha figurado una escena de la famosa guerra de los *Trenta años*.

Esta guerra es una de las más trascendentales de la época que pudiéramos llamar moderna, pues establece un punto histórico divisorio entre la era feudal y la era de la emancipacion religiosa, iniciadora de casi todas las demás emancipaciones. Sostuvieron la lucha, de una parte las potencias protestantes de Alemania, Hungría y Bohemia, y de otra parte las potencias católicas y principalmente Austria. Empezó en 1618 y terminó treinta años despues, de cuyos treinta años de duracion toma nombre.

Aun quando la razon de esa guerra parecia ser una querrela religiosa, lo cierto es que á la sombra de esa bandera peleaban los protestantes por su igualdad civil y política con los católicos. Capitaneaban á los reformistas y á sus aliados, Anspach, general de los ejércitos de Federico el elector palatino, Gustavo Adolfo, rey de Suecia, Cristian IV, rey de Dinamarca, Oxenstiern, canceller del rey de Suecia; y acaudillaban á los católicos el famoso Wallenstein, general de los ejércitos del emperador de Austria, Tilly, célebre por su crueldad y fanatismo; Condé y Turéna, los más temidos mariscales de Francia, instrumentos de la política de Richelieu en este punto.

Terminó la guerra, gracias á las armas francesas, el tratado de Westfalia, que cambió las circunscripciones territoriales de las naciones de Europa y las constituyó sobre nuevas bases. La Francia adquirió el monopolio de la política europea y además la Alsacia y otras poblaciones á orillas del Rin; sostuvo la existencia política de los principados protestantes y hasta llegó á aumentarlos, garantizó á los reformados la libertad religiosa y la igualdad política y civil que fué causa de la guerra; declaró la independencia de las Provincias Unidas con respecto á España y al Imperio germánico, y tambien la independencia suiza con relacion al Austria.

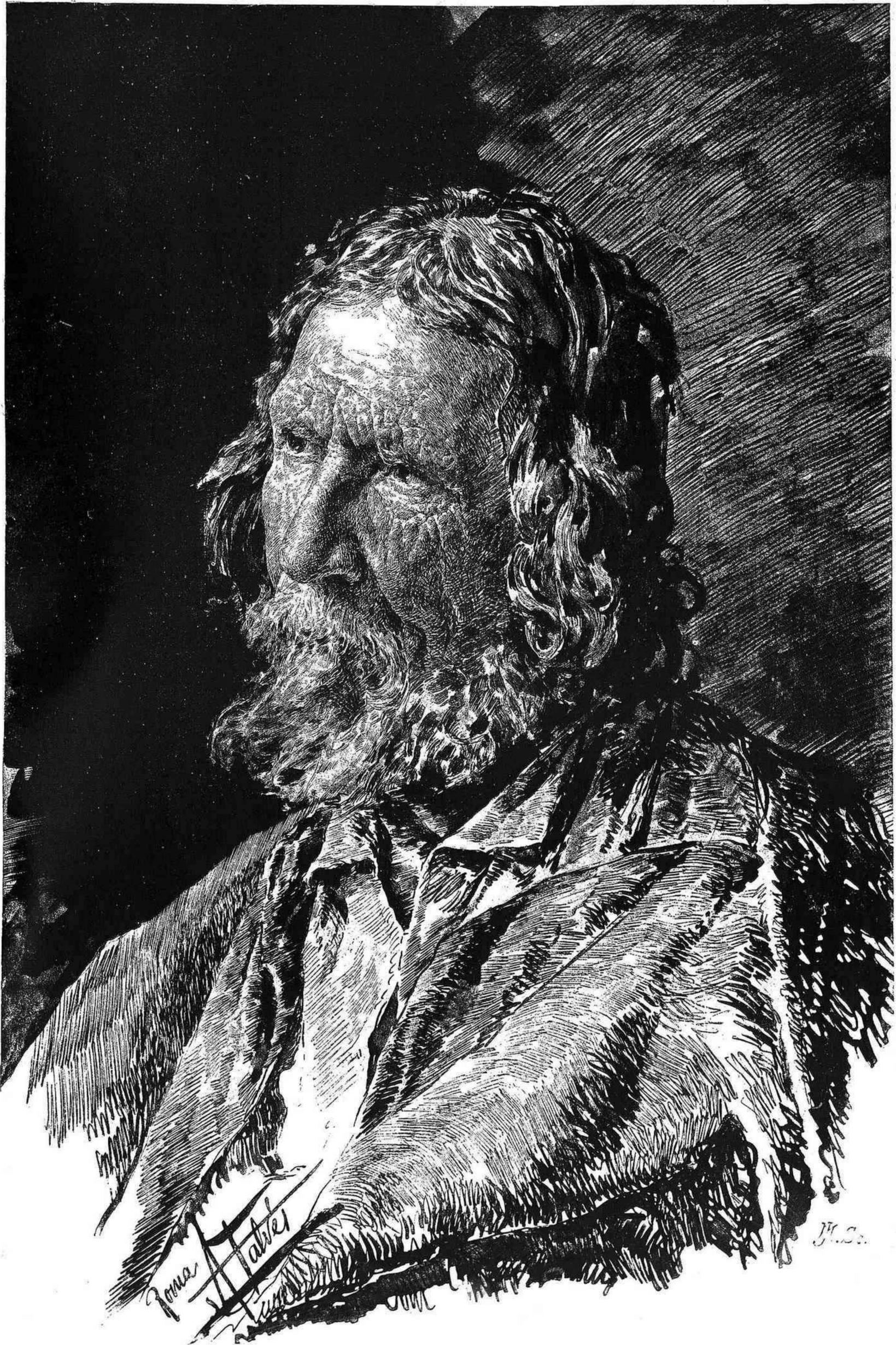
Tal es el resumen de aquella guerra, cuyo recuerdo ha inspirado á Rauber el dibujo que hemos reproducido, de impresion tan triste como el recuerdo de los hechos á que se refiere.



EL ABUELO FLAUTISTA, cuadro por Hugo Engl



LAS ÚLTIMAS HORAS DE LA LIBERTAD DE SIENA, CUADRO DE PEDRO ALDI



EL MODELO, dibujo á la pluma por A. Fabrés

ULTIMAS HORAS DE LA LIBERTAD DE SIENA
cuadro por Pedro Aldi.

Muchos son los pueblos que en el libro de oro de la historia han escrito la de su *último día*.

A España quizás le cabe la gloria de haber dado el ejemplo, únicamente igualado en España mismo. La épica catástrofe de Numancia fué causa indudablemente del patriótico fin de Sagunto.

Siena, la ciudad italiana, tiene también su último día, sus horas postreras.

Como Jerusalén, en los tiempos antiguos, como Geroña, en los tiempos modernos, fué asediada por un enemigo fuerte, cruel, implacable.

A la par de esas ciudades, luchó con heroísmo y cayó con gloria.

No la venció el milanés Jacobo Médici, que mandaba el ejército sitiador; la venció el hambre, la peste, la fatiga del cuerpo, que rinde el ánimo más esforzado.

Era el año 1554.

Al comparecer el enemigo ante los muros, ni uno de los sieneses dejó de acudir á su puesto de honor. Las mujeres más débiles, las damas más aristocráticas dieron el ejemplo de cómo se combate y de cómo se muere.

Todo lo habían agotado los sieneses ántes de que su valor fuera agotado. Cuando faltaron los manjares tolerables se alimentaron de los más repugnantes; cuando faltara hasta los repugnantes, comieron las mezquinas yerbas que crecían en los muros y en los jardines; cuando faltó todo, enteramente todo, cesó la defensa, porque el brazo inerte dejó caer, á pesar suyo, la espada de combate.

Entonces, solamente entonces, llegó la última hora de Siena.

Pedro Aldi ha pintado, ha descrito, en un lienzo ese día de horror, y lo ha interpretado de tal suerte que su cuadro ha llamado preferentemente la atención del público en la actual exposición de Roma.

El autor de ese lienzo es natural de Siena.

¡Nuestra enhorabuena al hijo que de tal suerte honra á su madre!

ASUNTO PARA UN DRAMA

En opinión de algunas personas, Teresa había sido la protagonista en un drama horrible.

Según decían otros, era un ángel, una de esas mujeres que nacen para bien de la humanidad y que todo lo sacrifican á sus semejantes.

Era hermosa, muy hermosa, pero en sus ojos se leía un poema de dolor: contaba escasamente treinta y dos años, y si los sufrimientos no hubieran ayudado al tiempo en su obra destructora, nadie habría sospechado que Teresa pasaba de los veintidos años.

Dulce y bien timbrada era su voz, y en las limpias y expresivas miradas de sus hermosos ojos de negras y brillantes pupilas, se pintaba la serenidad de un espíritu tranquilo.

Así era entonces, cuando la conoció Juan Zapata, soldado de cazadores de no sé qué batallón.

Después, se transformó la hermana Teresa en otra mujer.

Decíase que la hermosa joven procedía de padres ilustres, y en su educación y maneras se hallaba la demostración del aserto.

Las causas que la impulsaron á renunciar á un título nobiliario y á una fortuna, para dedicarse al ejercicio de la Caridad, arrojando las penalidades de la vida del campo de batalla y del hospital, los sufrimientos de una vida de actividad y privaciones consagrada al bien ajeno, nadie conocía, como tampoco la historia verdadera de Teresa.

Juan Zapata que fué, cuando niño, criado en la casa de la *señorita*, que así la llamó siempre, áun cuando la encontró en Monte Muro, en hábito de hermana de la Caridad, era el único que sabía lo siguiente:

La señorita Teresa manifestaba entonces carácter altanero, y un tanto violento.

—Para los hombres era una fiera: conocía su propio mérito y *presumía*: anduvieron locos por ella más de cincuenta;—todo esto refería Zapata.

—Por fin, llegó un día en que se presentó un buen mozo, un coronel que valía más pesetas.... y, por cierto, que si él viviera hoy, no me vería yo de *soldado al raso*: pues bien, que el coronel la vió y le dijo á la señorita.... Vamos, que yo no sé lo que la diría, pero que se declaró y la pidió la mano, y se casaron, á paso de bayoneta.

—Luego, continuaba Juan, me llamó la patria á las armas y me salí de casa de los señores condes y me dejé de paisanaje; pero como alguna vez iba á saber de la gente de la casa, supe que un año después de la boda, al coronel se le metió en la cabeza que la señorita Teresa, su mujer, le engañaba. Dios le haya perdonado, pero me parece que debía de ser algo arrimado á la cola, porque lo que es ella era incapaz de *fartar* á nadie.

Juan Zapata refería el suceso de esta manera.

—Parece que una noche, el coronel, que se había despedido para una cacería, llegó de improviso y se ocultó en la habitación de su esposa.

Dos horas después, entró Teresa en su cuarto, acompañada de su doncella.

Pocas palabras se cruzaron entre las dos mujeres, y la criada salió de la habitación y volvió á poco, trayendo en brazos un niño de pocos meses de edad.

—Aquí está, señorita,—dijo, entregando el niño á doña Teresa, que le tomó en sus brazos y besó repetidas veces.

—¡Inocente! tú eres el fruto de una pasión desgraciada y delincuente, y tú serás la víctima del error y del extravío de tu madre.—Así al poco más ó menos se expresó doña Teresa.

—El coronel—añadió Juan, cambiando de tono,—salió de su escondite, y sin decir una palabra, lo mismo que pudiera haber hecho un quinto recién salido del pesebre, apuntando con el cañón de un revolver á la cabeza del angelito, rugió, al mismo tiempo que daba gusto al dedo:

—Ese fruto de maldición no vivirá.

Una detonación y dos gritos horribles explicaron lo que había ocurrido.

Sin dar tiempo para protestar á Teresa ni á su criada, que era la madre de aquel inocente niño, el coronel se aplicó la boca del revolver al cráneo y una segunda detonación terminó la horrible escena.

—Ha visto usted *algo* más bruto que el coronel?—preguntaba Juan Zapata, con formalidad.—¡Tener celos de una mujer como la señorita, que ha sido siempre una santa, fuera de lo que tenga de mujer!

Juanillo era extremeño con vistas á Andalucía; esto es, extremeño, de un pueblo lindante con la provincia de Córdoba; así se advertía en su acento esa mezcla de andaluz y extremeño, que no carece de gracia en algunos tipos.

—Esa mujer—afirmaba—tiene un corazón que le viene grande en el pecho: la he visto en momentos en que yo mismo no pensaba más que en *juir*, serena y valiente y.... Lo que es que ella no había nacido para el coronel; ó el coronel no se la merecía. ¡Dudar de la señorita! Vamos, que esto no se ocurre ni á un recluta de *caballería*.

Doña Teresa, según Zapata, apadrinaba al niño de su criada, y cuando la nodriza á quien le había confiado la madre, le llevaba para que esta le viera, no perdonaba la madrina ocasión para acariciarle.

—Aquella barbaridad del coronel, dicho sea sin agraviar su memoria, fué la causa de que la señorita abandonase el mundo: regaló á los pobres sus bienes, y sus alhajas á la infortunada madre del niño brutalmente asesinado; y luego se hizo hermana de la Caridad.

Nadie volvió á saber de doña Teresa.

—Nadie más que yo—añadía Juan Zapata;—yo que *trompecé* con ella en Monte Jurra, y al verla con ese hábito, no la reconocí. ¡Qué mujer y qué día aquel! ¡Qué manera de repartir confites á domicilio! Silbaban las *cañusulas*, como le dicen ahora á las balas, lo mismo que las personas en una comedia que *vide* yo en no sé qué teatro de Madrid.

La noche había sido mala, muy mala y muy lluviosa: el viento huracanado, soplando en aquellas montañas producía el mismo efecto que las cuerdas de una guitarra cuando vibran.

Parecía, al decir de Zapata, lamentos que llegaban al oído, tal vez, de los muertos en la jornada anterior.

Para oír, simultáneamente, esa indescribible confusión de rumores, de carcajadas, ayes, suspiros, melodías extrañas, voces misteriosas, que forman el conjunto armónico de la Naturaleza, no hay escena mejor que el campo, ni momento más á propósito que la noche silenciosa.

¡Qué imaginaciones tan ricas en pavorosas fantasías nos acuden! ¡qué diversidad de imágenes finge la vista! ¡qué multiplicidad de sonidos llegan á nosotros!

Recuerdos, presentimientos, historias que no conocemos, dramas que no soñamos, personajes que nunca fueron, que nunca serán; placeres que no hemos disfrutado, dolores que no hemos sufrido, ansias de traspasar ese dique de la eternidad donde todo puede ser luz, pero donde todo nos parece sombra: este es el poema de la noche, cuando la fantasía nos domina.

¿Quién sabe si algunos de esos ruidos que llegan hasta nosotros son producidos por el féretro que saturado de humedad se agrietea; tal vez el féretro que encierra al que fué querido pedazo de nuestro corazón?

Después de una de esas noches de insomnio y de mal-estar físico y moral, pasadas por el soldado en la abstracción más completa, acariciando cuidadosamente el pensamiento que á un tiempo es fuente de dolor y motivo de felicidad, ¡cuán triste es la luz de la mañana!

Tal vez en aquel momento, cuando fija la vista en el horizonte como para indagar nuevas de una familia cariñosa, el pobre soldado, esa familia, con la vista del espíritu en el infinito, pregunta temblorosa: «¿Dios mío, dónde está?»

Ello fué que amaneció el día de la batalla, según refería Juan Zapata, y amaneció lluvioso.

—Aquí se veía un pelotón de oficiales; allí otro, de soldados; más allá los bagajeros, y detrás de aquella colina, el otro.... ó los otros.... vamos, los enemigos: españoles como nosotros y valientes y.... como que los hombres *semos* los animales más mansos y más torpes.

—Entre los oficiales del lado de acá,—prosiguió Zapata,—el más bravo y el mejor mozo, era mi capitán, y entre los soldados el más barbian y el más valiente.... yo, por más que soy muy modesto y me está mal el decirlo.

Empezó la acción, como todas; lo mismo que empiezan á descargar las nubes; por unas gotas; vamos, por unos balazos, sin más consecuencias que rompernos las avanzadas del enemigo un cabo de cornetas y mi guitarra, que la había echado prima la víspera, como al pobre cabo le había echado el segundo hijo la mujer, hacia tres ó cuatro días.

En cuanto llegaba con su relato á ciertos episodios tristes, Juan Zapata dedicaba algunos compases de espe-

ra á la memoria de los camaradas muertos en acción de guerra.

Luego continuaba tranquilamente:

—Por fin, nos enredamos todos á tiro limpio; la artillería entonaba unas malagueñas en aquellos barrancos, que no parecía sino que el cielo se venía encima de nosotros y que nos íbamos á quedar metidos en un fanal para que nos vieran después los extranjeros, por el corto interés de un perro chico.

La acción terminaba por falta de luz,—decía Juan,—el personal había venido á menos por una y otra parte: mi capitán y yo seguimos despachando enemigos, pero como ni él ni yo somos inmortales, una *cláusula* de esas volcó á mi amo: me apresuré á recogerle y después de cargármele á costillas, igual que si hubiera sido un fardo, mal comparado, emprendí al trote, vamos al decir, corriendo cuanto podía, para que no se desangrara mi capitán ni nos alcanzase otro *proyectin* (como si dijéramos, «proyectil»).

—Cuando iba *juyendo*,—añadió Juan acompañando siempre la palabra con la acción, para convencer al auditorio,—oigo pasos detrás y una voz que me decía:

—Anda, hijo mío, anda y no le abandones, que Dios te lo pagará.

Volví la fisonomía, un poco *escamado*, y me encontré con ella... la hermana Teresa.... digo, la que se llamaba hermana Teresa, según supe luego, porque para mí entonces no era más que una hermana de la Caridad que andaba suelta por allí y venía á echar una mano para ayudarme.

—Si se descuida usted un poco la divido,—murmuré.

—¿Porqué, hermano?

—Porque al oír ruido de *pieses* detrás de nosotros se me antojó que sería algún enemigo, que venía á nuestro alcance para despachar dos pájaros de una pedrada.

—Pues, no es eso, amigo mío—replicó ella con dulzura.

—Ya lo veo y Dios la bendiga á usted y á su familia....

¡Madrecita del Carmen y qué buena moza que es usted! dicho sea con perdón,—exclamé yo sin poder contenerme. Aquello no parecía mujer, sino una estampa de la Virgen Santísima, pintada por los mismos ángeles.—¿De dónde sale usted, madrina?—la pregunté; ¿de algún charco como las *endinas*, según me contaban á mí cuando era criatura?

Sonriendo y sin ofenderse por mi buena intención, se aproximó á nosotros y me ayudó á conducir por aquellos campos á mi pobre capitán, que de cuando en cuando gruñía un principio de oración, que casi me ruborizaba.

Llegamos, por fin, á la ambulancia *desanitaria*: los físicos curaron á mi capitán, que afortunadamente nada tenía roto, mas que, salvo sea la parte, en el costado izquierdo un balazo, que si tuerce *pa* la izquierda cuando venía, siquiera unos kilómetros más, según los facultativos, le parte.

Desde aquel momento la hermana Teresa no se *desapartó* ni por un momento de mi capitán: ni su propia madre le hubiera cuidado con más cariño.

A mí me miraba como á un bicho raro, hasta que ya, quemado de que me examinara la fisonomía, así, como para reírse, en lugar de soltarla una fresca, como hubiera hecho si no pensara en lo bien que se estaba portando con mi amo, la pregunté:

—¿La hace á usted gracia mi físico natural?

—¿Es posible, me preguntó ella, que seas tan torpe y tan majadero que no me hayas conocido después de seis días que estoy á tu lado casi constantemente?—Yo abrí los ojos como para ver la tarasca en la procesión del Corpus en mi pueblo, y examiné despacio á la hermana de la Caridad.

—¡Valiente mujer!—fué todo lo que se me ocurrió.

—¿No me conoces todavía?

—Ahora sí que me parece que caigo, respondí; la he visto á usted en Somorrostro llevando de un brazo á un pobre cazador herido; otra vez.... otra vez.... rezando sobre la sepultura donde habían colocado el *esqueleto* de un músico muerto; otro día.... sí, en San Pedro Abanto, ayudando al cirujano en la *imputación* de un brazo á un pobre artillero.

—¿Y nada más? preguntó la religiosa.

—Sí, otra vez.... auxiliando á un moribundo de caballería; vamos, á un soldado de caballería moribundo.

La hermana Teresa soltó una carcajada; no sé si sería por mí.

Curó mi amo y la enfermera desapareció; solamente vino á verle dos veces durante el período de la convalecencia; pero ántes de dejarnos me dijo:

—Juan Zapata, eras más listo en tu niñez; ahora has perdido hasta la vista.

—Dios me la conserve, respondí, y en buena hora lo diga, que no es así.

—¿No recuerdas ya á la condesa de?...

—Tiene usted razón;—interrumpió Zapata,—que merecía un ronzal por bruto; pero perdone usía, señorita, que no la haya reconocido, pero ahora, porque cuando yo la dejé era coronela y me la encuentro de paisana, casi, casi, y con ese uniforme....

Me confirmó las noticias que ya yo sabía, de la muerte del coronel y demás sucesos, y luego me dijo:

—¿Tú no recuerdas al coronel?

—No, señora, entonces era yo una criatura sin conocimiento....

—Pues, bien, tu amo, ese capitán es un retrato vivo de mi esposo.

—¿Qué me dice usted, señorita? ¿Mi capitán?... Y

bien puede ser, porque los hombres nos parecemos unos á otros inocentemente y....

Con este pormenor que me suministró la religiosa vine yo en conocimiento de varias cosas importantes: primera, que ella miraba con buenos ojos á mi capitán, y que mi capitán.... era muy parecido al coronel. Digo yo que mi amo diría á la enfermera:

—Es usted muy hermosa y muy buena, y yo la quiero á usted.

Y ella, digo yo, que respondería:

—Muchas gracias, y consérvese usted bueno, en compañía de su asistente Juan Zapata, y hasta más ver.

Y supongo que mi capitán se correría á decirle:

—Es usted, ó eres un ángel.

Y ella replicaría, me pienso yo:

—Favor que usted quiere dispensarme; pero no soy ángel, sino mujer.

Mi amo, en seguida:

—Pero muy guapa y Dios te bendiga, amén.

Esto como si lo estuviera oyendo.

—En mis oraciones le rogaré por usted,—murmuraría la hermana.

Y luégo, de repente, y cuando ménos nos lo pensábamos, salimos para rompernos la crisma otra vez, y hasta más ver.

—Búscame á esa mujer, me decía mi capitán, como quien dice á un perro de caza cachorro, indicándole la pieza herida: «¡Búscala!» Pero por más que yo busqué, nada, no pude dar con ella, hasta que mi capitán tuvo la suerte..... digo, la mala sombra de que le alcanzara otro balazo. Entonces supimos de ella.

Habia trascurrido más de un año, durante cuyo tiempo fueron inútiles todas mis averiguaciones para dar con la hermana Teresa.

Mi capitán se trasladó á Madrid á pasar el período de la convalecencia, que en opinión de los facultativos habia de ser larga y penosa; claro es que yo no podía abandonarle.

Montamos en el tren del ferrocarril y ahí queda eso.

En el mismo coche en que entramos, subió una hermana de la Caridad; llevaba en brazos una niña de dos años de edad, próximamente.

Mi capitán y yo la miramos con curiosidad.

La religiosa, demacrada y desfigurado el rostro por las huellas de la viruela, que adquirió en uno de los hospitales, prestando sus servicios á los enfermos, no conservaba resto alguno de belleza.

Mi amo volvió la cara con disgusto, al ver «que no era ella».

Pero yo soy mucho más listo para las mujeres, aunque no deba decirlo por modestia; vamos, que distingo, y aproximándome á mi capitán, le dije casi al oído:

—¡Ahí la tiene usted!

—¡Teresa! llamó mi capitán; y ella respondió como queriendo ahogar los latidos de su corazón:

—Usted me equivoca con otra hermana.

—No, insistí yo, es ella, la señorita.... digo, se me antoja que es ella, porque....

La pobre mujer no pudo contener las lágrimas y replicó muy conmovida:

—Esa Teresa ha muerto;—lo cual que mi capitán se lo creyó y me dijo, dice: «¡Animal!» pero como esto me lo decía á diario, no me extrañó.

—Es ella, pensaba yo, mirándola fijamente, pero ¿qué la ha pasado á esta mujer?

En varias ocasiones sorprendí sus miradas, dirigidas á hurtadillas al capitán: cuando ella se convenció de que yo la habia conocido, llevando el índice de la mano derecha á los labios, me impuso silencio.

Para mí era aquel un triunfo, no me habia engañado; era la señorita, á quien faltaba sufrir el último golpe.

Uno de los viajeros, dirigió la palabra á mi capitán, que le contestó con mucha afabilidad; continuaron hablando y llegó un momento en que á mi amo se le antojó citar el nombre de su padre, con motivo de la conversación sostenida en el coche.

—Su padre—dijo Zapata con cierta solemnidad,—fue el coronel.... el esposo de Teresa.

En cuanto á la madre de mi capitán, nada supe sino que habia muerto separada de su hijo.

En la primera estación la hermana de la Caridad mudó de coche.

Yo la despedí con una mirada de cariño; casi llorando la ví vacilar y en poco cae á la vía con la criatura que llevaba en brazos.

¡Me hubiera bajado tras ella de tan buena gana, para convidarla!...

—¿De dónde vendrá esa hermana?... preguntó con malicia uno de los viajeros.

—¡Y lleva una niña! observaba otro.

—¿Quién sabe? la hermana viene de la guerra....

—Esa mujer, caballeros—interrumpí yo,—es una santa y nadie la calumnia estando yo aquí delante.... digo, mi capitán y yo.

—Bien dicho, afirmó mi amo.

—Y tan bien dicho, mi capitán, como que esa mujer es la hermana Teresa.

—¿Qué dices, hombre?

—Se lo juro á usted, por lo más....

—Basta: es preciso buscarla, verla....

Pero nada, no la volvimos á ver nunca.

Aquella niña era la huérfana de un pobre campesino de Vizcaya, que perdió en la guerra familia, fortuna y vida.

La hermana Teresa lo habia dicho así á una mujer que venia en el tren.

—Hoy, cuando me acuerdo de ella,—terminaba Juan Zapata,—y me pregunto á mi mismo: «¿Dónde estará?» me ocurre en seguida la respuesta, y murmuro:

Allí, en el cielo.

EDUARDO DE PALACIO.



LA LLUVIA, grupo en barro cocido por R. Bellazzi

NOTICIAS GEOGRAFICAS

EL TERRITORIO DE WASHINGTON (ESTADOS UNIDOS).—El pino, el pinabete, la encina y el cedro son las especies de los innumerables árboles que bordean las montañas y las llanuras del distrito de Puget, en el territorio de Washington, y todos ellos dan excelentes productos en gran cantidad. Segun cálculo muy moderado, estimase en 160 millones de pies la madera que se puede extraer del distrito, buena para las construcciones. Los árboles tienen un desarrollo notable, tanto en altura como en grueso: el pino joven alcanza una elevación de 250 pies, y hallanse cedros blancos de 100 pies de altura por 60 de circunferencia; las encinas blancas tienen hasta 70.

EL TERRITORIO DE ARIZONA.—Este país, situado al oeste de los Estados Unidos, es seguramente uno de los más maravillosos del continente americano. En sus montañas encuéntrase en todas partes el oro y la plata; y también abundan el estaño y el níquel; en el Valle de Santa Cruz hay una inmensa riqueza en mineral de plomo. El desierto de Hacimiento contiene innumerables granates rojos. Cerca de las montañas de los Dragones existen considerables capas de yeso y de sal común. Hasta 1878, el distrito minero de Fombstone era un desierto horrible: en cuatro años se han extraído de él metales preciosos (cloruros y carbonatos) por valor de 7.359,200 duros.

EL MAR INTERIOR DE TÚNEZ.—M. Lesseps acaba de llegar á Tozeur, donde se han practicado sondeos hasta la profundidad de setenta y tres metros, sin encontrar

más que arena. Se ha reconocido que el mar interior africano podría hacerse fácilmente por medio de cien excavadoras, que representarían el trabajo de cien mil obreros. M. Lesseps ha obtenido en todas partes la mejor acogida, tanto de los militares como de las poblaciones árabes.

NOTICIAS VARIAS

INDUSTRIA GIGANTESCA.—En Massachusetts (Estados Unidos) se cuentan 1,959 fábricas de calzado, que ocupan á 111,152 obreros y tienen un capital de cerca de 43 millones de duros, ó sean 215 millones de francos. Esta inmensa industria ha producido en el transcurso del año anterior 94 millones de pares de zapatos y 30 de pares de botas. El total de los jornales pagados á los trabajadores se elevó durante el mismo año á 53 millones de duros, equivalentes á 265 de francos.

* * *

ESTADOS UNIDOS.—Se dice que los americanos van á todo vapor en las vías férreas y que los accidentes desgraciados en estas son proporcionalmente más numerosos que en Europa: esto no es exacto.

Los americanos, salvo una ó dos excepciones que podrían indicarse, viajan ménos aceleradamente que en Inglaterra y en Alemania, y hasta que en Francia. Segun cierto autor citado por M. Lavoine, la velocidad media de los trenes expresos era en Inglaterra, en 1880, de 74,1 kilómetros por hora; en Alemania, de 64,4; en Francia, de 60,4; y en los Estados Unidos de 59,6. De aquí resulta que las desgracias en las vías férreas de los Estados Unidos son ménos numerosas, proporcionalmente, que en los caminos de hierro europeos.

CRONICA CIENTIFICA

PODER MOTRIZ DEL SOL

Nadie ignora el origen de esta fuerza inmensa utilizada en grandes y pequeñas industrias. Madre benéfica, abre la tierra sus entrañas y ofrece al hombre ricos tesoros de negro carbon, que ardiendo en el hogar de las calderas de vapor, conduce nuestras naves por los llanos del mar y nuestras locomotoras por la áspera y desigual superficie del planeta.

Toda la fuerza que el hombre consume, lo mismo la que da vigor á su organismo, que la empleada en la industria, toda procede del carbon. Él arde en nuestra sangre y al quemarse nos da vida; él produce todo el calor utilizado en convertir el agua en vapor, da á éste fuerza y causa todas las maravillas de la industria moderna, asombro y admiración de cuantos á su estudio se consagran.

Mucho preocupa á los que de la industria se ocupan el porvenir de ésta y su destino el día en que se agotasen todos los criaderos de carbon del mundo. Y quizás por esto ha surgido la idea de aprovechar otras fuerzas naturales que, como el Sol y las mareas, para casi nada sirven actualmente. En este sentido de utilizar la energía solar y las mareas, se han hecho ya muchos é importantes trabajos. No he de recordar los aparatos destinados á concentrar las radiaciones del Sol, á fin de obtener elevadísimas temperaturas, los intentos para almacenar fuerza solar y los ensayos practicados con propósito de aprovechar la fuerza del mar, entre cuyos ensayos son notabilísimos los consignados por D. Eduardo Benót en su Memoria premiada por la Academia de Ciencias. Creo útil, antes de intentar empleo de mecanismo alguno, conocer, siquiera sea aproximadamente, el valor de esta fuerza motriz solar, llamada, y quizá muy pronto, á sustituir el carbon en la industria del porvenir.

Como toda fuerza es en resumen una cantidad, capital el que la industria pretende sacar cierto interés por medio de las máquinas, es menester conocer este capital, saber cuánto vale y en qué condiciones se nos facilita para obtener el mayor efecto útil con la menor cantidad posible de trabajo.

Sólo así es posible emplear una fuerza, pues de lo contrario suele suceder que el efecto útil no compensa el artificio de las máquinas, ni es tan considerable que pueda dar resultados maravillosos.

Quizá por estas razones, mejor que por falta de mecanismos apropiados, no se ha utilizado todavía directamente la fuerza motriz solar, y hemos necesitado dar con esos inmensos depósitos de ulla, acumulada durante millares de siglos con la pasmosa lentitud con que se realizan metamorfosis y cambios de la Naturaleza.

Para determinar el poder motriz del Sol hé aquí un dato curioso que encierra la resolución de un problema muy importante, ya que se trata de ver la cantidad de trabajo desarrollado por todas las máquinas de vapor del mundo, ó lo que es igual la equivalencia del calor producido por la combustión de cuanto carbon de piedra se quema en el Universo.

Esta cuestión, tan difícil á primera vista, sólo requiere un dato para resolverse: saber la cantidad de carbon quemado.

Aun dando por conocida esta cantidad, el problema encierra dos partes distintas, y son: determinar la cantidad del vapor de agua producido por la acción del calor lesprendido en la combustión del carbon, y apreciar después el trabajo causado por este vapor de agua. Todavía

* * *

puesta la cuestión en estos términos no es de difícil resolución. Supongamos que se quema un kilogramo de carbon y que el calor desprendido por su combustion se emplea en evaporar agua. Midiendo la cantidad de vapor originada y multiplicándola por el número de kilogramos de carbon consumidos en el mundo, sabremos su valor efectivo en cantidades de vapor de agua.

Si conocemos el trabajo que puede producir el agua evaporada por la combustion de un kilogramo de ulla y multiplicamos este número por el de unidades de vapor de agua obtenidas por todo el carbon que en el mundo se consume, hallaremos seguramente un número que represente el trabajo del calor desprendido por todo el carbon de piedra utilizado en la industria humana.

Véase, pues, cuán facil es resolver un problema cuyo solo enunciado causa asombro. Sólo se necesitan dos datos.

Cantidad de carbon consumido en el mundo.

Fuerza producida por la combustion de un kilogramo de ulla.

Multiplicando el segundo dato por el primero tendremos:

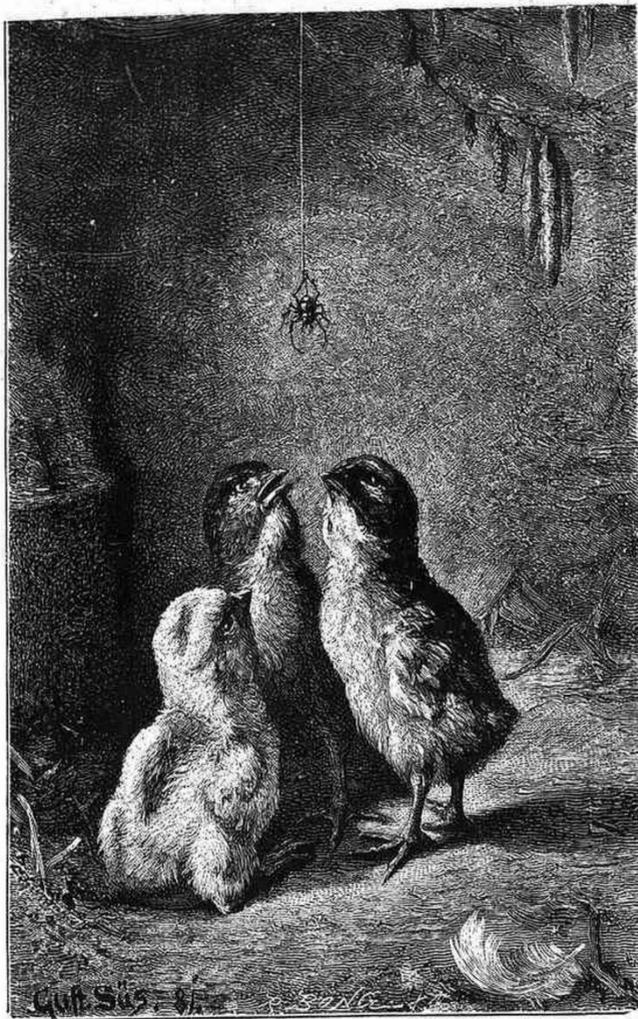
Fuerza producida por un kilogramo de ulla por cantidad de carbon consumido en el mundo igual á toda la fuerza obtenida en cuantas máquinas de vapor actualmente se utilizan.

De modo semejante puede formarse idea aproximada del poder motriz del Sol sobre la tierra, ya que no es posible determinar en absoluto toda su energia. A nosotros llega tan sólo una débil porcion de ella, y como no será posible utilizar sino esta exigua parte, los cálculos han de referirse únicamente al residuo que no ha podido absorber el vapor de agua de la atmósfera.

Aplicando lo dicho respecto del carbon y suponiendo que en igualdad de circunstancias la accion del Sol es la misma en toda la superficie de la tierra, no necesitamos otros datos más que saber la cantidad de fuerza solar en una extension dada de la superficie terrestre y multiplicar esta fuerza por la extension superficial de la tierra.

A fin de facilitar el cálculo he aquí un ejemplo.

Supóngase que sobre una estension de veinte millas cuadradas llueve al año tal cantidad de agua que si no se evaporase ni se absorbiera, formaria sobre el nivel del suelo una capa de treinta pulgadas de espesor. El peso total de esta agua seria 38.781,600 toneladas, peso in-



LOS TRES CONJURADOS, dibujo de G. Sus

menso que la imaginacion apenas puede concebir sin esfuerzo y admiracion.

Supóngase tambien que la temperatura de esta gran masa de agua descende hasta cero grados y toda ella se congela. Formarianse entónces colosales bloques de hielo

mucho mayores, mucho más pesados que las pirámides de Egipto, pues la mayor de ellas, la de Cheops, sólo pesa siete millones de toneladas.

Si quisiéramos trasportar tan enorme masa de hielo por ferro-carril, se necesitaría un tren de 3.821,800 wagoes, llevando cada uno doce toneladas de peso y teniendo 30 piés de largo. No es posible formar idea de esto sin acudir á la comparacion.

Dividamos con el pensamiento este enorme tren en seis iguales; cada uno de ellos llevaría 636,966 wagoes. Colocado el primero sobre la vía más larga del mundo,—la de Nueva York á San Francisco de California,—la locomotora llegaría á la primera de estas ciudades cuando el último wagon no habria salido todavía de la segunda.

Aun cabe hacer otra comparacion que da idea de lo mismo quizá con mayor exactitud y precision.

Imagínese sobre la superficie de la tierra una capa de agua de 30 centímetros de espesor y preténdase elevar esta masa de agua hasta la altura de las nubes. Aun cuando se empleasen á la vez todas las bombas de la tierra no podrían elevarse sino diez mil toneladas de agua.

Ahora bien, el Sol evapora, en muy poco tiempo, mucha más agua de la que hemos calculado. ¿Cuál será pues, la enorme cantidad de trabajo que desarrolle? ¿Qué inmensa fuerza motriz representa el calor invertido en semejante evaporacion? Y cuenta que no se habla de toda la energia solar, sino de la parte pequenísimas que á la tierra llega.

Quando se consigan utilizar tanto poder y tanta fuerza, metamorfosis sin cuento se realizarán en la industria, é inesperadas modificaciones en el mundo. Dueño el hombre del poder motriz del Sol, contará con energías mucho más poderosas que las del carbon, y de sus manos saldrán máquinas perfectísimas para convertirlas en efecto útil y hacerlas servir á sus necesidades ó á sus caprichos.

A medida que falte el carbon de piedra, la conquista del Sol irá adelantando. Hoy comienza apenas, pues á ella no obliga la dura ley de la necesidad; mas cuando el aumento de la industria haga sentir la escasez del carbon, por todas partes se inventarán máquinas y aprovecharase esta fuerza que vemos disiparse en las neblinas de la mañana y en los jirones de vapor que el Sol arranca de la superficie de las aguas y eleva á inmensa altura.

JOSÉ R. MOURELO



ANTES DE LA BATALLA, dibujo por G. Rauber

Nueva publicacion: estamos preparando para publicarla en breve una edicion económica de la Sagrada Biblia y demás obras ilustradas por Gustavo Doré, cuya propiedad pertenece á esta casa editorial, lo que avisamos para conocimiento de los corresponsales que nos tienen hechos pedidos de estas obras.